



**Revista On Line del Grupo de Trabajo
"Walter Lippmann"**

Departamento de Sociología VI – Universidad Complutense de Madrid
www.ucm.es/info/socvi/gtsocvi

11-M, el triunfo del neopopulismo

Luis García Tojar

Universidad Complutense de Madrid

lgarciat@ccinf.ucm.es

Estudio / Working Paper 2010/02

Diciembre 2010

Forma de citar:

García Tojar, Luis (2010): "11-M: El triunfo del neopopulismo". Estudio/Working Paper 2010/2. Revista On Line del Grupo de Trabajo "Walter Lippmann". Departamento de Sociología VI. Universidad Complutense de Madrid. Diciembre 2010.

Este texto ha sido discutido en la VI Sesión del Grupo de Trabajo "Walter Lippmann", celebrada el 16 de diciembre de 2010 en la Sala de Actos del Departamento de Sociología VI de la Universidad Complutense de Madrid.

La publicación de este artículo en forma de trabajo en curso o *working paper* no implica la imposibilidad de publicaciones posteriores.

Revista On Line del G.T "Walter Lippmann"

ISSN 1989-5291

Departamento de Sociología VI

Facultad de CC de la Información

Universidad Complutense de Madrid

Avda / Complutense s/n 28040

Madrid (España)

Tlf. y Fax (+0034) 913942245

www.ucm.es/info/socvi/gtsocvi

11-M: El triunfo del neopopulismo¹

Luis García Tojar
lgarcia@ccinf.ucm.es

Universidad Complutense de Madrid

Los atentados cometidos en Madrid en marzo de 2004, además de 191 muertos y 1284 heridos, han supuesto un cambio importante en la trayectoria reciente del periodismo español. Desde nuestro punto de vista marcan la emergencia de un nuevo tipo de periodismo que ha sustituido su función primordial, esto es el relato comprensivo de acontecimientos noticiosos, por el ejercicio de influencias políticas en la sombra. Este proceso guarda relación con el ascenso de una retórica política novedosa, llamada neopopulismo, en la que juegan un papel determinante los medios de comunicación y cuya mancha crece en el espacio público (particularmente en el político) de las democracias avanzadas.

Este episodio traumático de la reciente historia de España, en el cual nuestro país dio ejemplo mundial de la eficacia de sus fuerzas de seguridad, servicios de emergencia sanitaria y poder judicial, ha servido por desgracia para producir un absurdo cisma social debido al enfrentamiento de los dos principales partidos políticos españoles en torno a la llamada “teoría de la conspiración”, una amalgama de mentiras, falsedades y hechos sacados de contexto dirigida a sugerir que el atentado de Madrid no había sido cometido por integristas islámicos sino por terroristas de ETA, y —lo que es peor— que el gobierno socialista surgido de las urnas el 14 de marzo, con apoyo de miembros de las fuerzas policiales, de los jueces e incluso de servicios de inteligencia extranjeros, había ocultado deliberadamente las pistas etarras por razones de conveniencia electoral, forzando la investigación policial y judicial hacia los grupos yihadistas. Sin duda, la historia juzgará con dureza las actitudes de los principales dirigentes del Partido Popular (PP) entre 2004 y 2008, primero en el gobierno y después en la oposición, apoyando sin recato las teorías conspiratorias y menoscabando la legitimidad de las instituciones democráticas, las fuerzas del orden, la imagen de España en el extranjero y el poder judicial. Es probable que también sea severa con el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), inesperadamente lanzado al gobierno por un movimiento social de rechazo hacia la gestión política de la tragedia realizada por el ejecutivo de José María Aznar. Los *socialistas* —y la Monarquía— pudieron hacer más por defender las instituciones públicas de este ataque intempestivo, pero se limitaron a dejar que los *populares* se equivocaran en su

¹ Este texto resume la conferencia dictada en la I Jornada de Opinión Pública “Walter Lippman”, celebrada en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid el 16 de febrero de 2010, donde se expusieron las conclusiones presentadas en García Tojar 2010.

búsqueda de la gran conspiración, tal vez en la creencia de que su absurdo empeño tendría castigo en las urnas.

Sin embargo, no es intención de estas páginas juzgar las actitudes de los actores políticos que dominaron la vida española entre 2004 y 2008. Especialistas más capacitados ya lo han hecho² y, para desgracia de muchos, lo harán en el futuro. Aquí nos limitaremos a un aspecto concreto, aunque en absoluto menor, relacionado con estos hechos: la actitud de los medios de comunicación españoles en el tratamiento de la información sobre el atentado y la particular influencia que ejercieron en los partidos políticos y la sociedad. Para ello recurriremos a dos nociones que venimos desarrollando en los tiempos recientes³, *periodismo sin información* y *periodismo voraz*, que desde la óptica de una sociología política del periodismo pueden hacer cierta luz sobre los acontecimientos, además de colaborar en la apertura de nuevas perspectivas de análisis de las funciones y disfunciones políticas de los medios de comunicación en “democracias avanzadas”.

En una obra importante, Daniel Hallin y Paolo Mancini (2004: 79) identificaban el sistema informativo español bajo la rúbrica “pluralismo polarizado”. Sus características principales son: importancia del papel del Estado y la iglesia católica como emisores y reguladores de la comunicación masiva, espectro político más amplio y radicalizado que en los países anglosajones de tradición liberal, medios de información más dependientes del Estado, la Iglesia y los inversores privados, índices relativamente bajos de lectura de periódicos y profesionalización insuficiente de los periodistas. Los autores sostienen (*ibidem*: 225) que todos los modelos de periodismo convergen hacia el sistema “liberal”, propio de la prensa anglosajona, que es sin duda el más sólido y profesionalizado. En discrepancia con ese juicio optimista, hemos propuesto en una obra reciente (Ortega y vv.aa. 2006: 18-20) la poderosa emergencia en España de un una especie de *nuevo amarillismo* que contradice la base misma de la prensa liberal, en la que el relato fiel de hechos comprobables es sustituido por toda suerte de invenciones, tergiversaciones y falsificaciones al servicio de intereses particulares. A diferencia de lo ocurrido con la prensa popular anglosajona a principios del siglo XX, cuando los tabloides de Hearst o Pulitzer compartían el espacio informativo con periódicos serios, en la época actual la lucha por el negocio y el peso de los medios audiovisuales pueden haber llevado a la llamada “prensa de calidad” hacia un proceso de *tabloidization* (Sparks y Tulloch 2000) que desde luego se aleja de la convergencia liberal pronosticada por Hallin y Mancini. Es lógico pensar que un sistema informativo como el español, debilitado por la dictadura franquista y la peculiar

² Por ejemplo Gil Calvo 2005.

³ Ortega y vv.aa. 2006, García Tojar 2007.

transición a la democracia, verifique este proceso de desprofesionalización con más agudeza. Para incidir en que este nuevo relato pseudo-informativo no está destinado hacia la narración explicativa de acontecimientos externos por parte de periodistas que disponen de conocimientos de los que carece su público (es la condición del periodismo según Charaudeau 2003: 50), hemos denominado *periodismo sin información* a la versión española de este nuevo modelo y analizado algunos de sus perfiles en la prensa local, las tertulias de opinión, la información política y la divulgación histórica (Ortega y vv.aa. 2006).

En busca de una explicación del éxito de este nuevo tipo periodismo en sociedades democráticas y cultivadas como la española, acudimos a un concepto sociológico algo olvidado, el de “institución voraz” (*greedy institution*), propuesto por Lewis Coser en los años sesenta (García Tojar 2007, con referencia a Coser 1978). Para este autor, instituciones voraces son “aquéllas que exigen a sus miembros una lealtad exclusiva e incondicional, reduciendo la influencia que ejercen los papeles y estatus competidores sobre aquéllos a quienes desean asimilar por completo. Sus demandas respecto a la persona son *omnívoras*” (Coser 1978: 14; cursiva original). Las instituciones voraces son asociaciones instrumentales orientadas hacia la consecución de fines concretos, declarados o secretos, pero siempre *frente* a un enemigo poderoso. Los ejemplos más típicos son las sectas religiosas y las comunidades monásticas, pero Coser analiza con perspicacia la posibilidad de que, dadas ciertas condiciones de anomia y desafiliación, instituciones “normales” como el matrimonio o el partido político se transformen en voraces y produzcan efectos sociales disfuncionales. Sumisión completa a la jerarquía del grupo, separatismo radical, intolerancia hacia la desviación de los principios normativos internos y debilitamiento de las relaciones sociales son algunas de las características de la asociación voraz. En la obra mencionada, Coser presenta el tipo ideal y examina algunas de sus manifestaciones históricas para concluir que en la modernidad, a pesar de que la mayoría de nosotros pertenece a redes sociales múltiples y representa roles diferentes que evitan la totalitarización de la personalidad, la sociabilidad voraz permanece latente como respuesta patológica al aislamiento en los campos familiar, político o religioso.

La aplicabilidad del concepto de institución voraz al periodismo sin información español parte de la conclusión de Coser. Desde nuestro punto de vista (García Tojar 2007), a la luz de los acontecimientos cabría hablar de un tipo de *periodismo voraz* opuesto al modelo informativo pluralista, cuyo indudable éxito de público, junto a la debilidad histórica de la prensa profesional en nuestro país, le podría llevar a convertirse en el modelo legítimo de periodismo. Identidad profesional débil, elevada

influencia externa (pública y privada) sobre los medios de comunicación, ascenso de las “éticas de convicción” (Weber 1997), son procesos que confluyen en la configuración de un periodismo intencional, de misión ecuménica o trinchera política (a menudo ambas), cuyos cruzados creen que comparten una tarea de salvación colectiva que les libera de las normas profesionales de la información. Félix Ortega (Ortega y vv.aa. 2006: 27) enumera cinco características del periodismo sin información español que encajan con la noción de voracidad: *autonomía*, el periodista no está limitado por la realidad ni existen instituciones profesionales de vigilancia; *transversalidad*, mezcla libérrima de recursos ajenos al relato informativo (por ejemplo, la novela); *extraterritorialidad*, proyección de la propia ética del “todo vale” al resto de instituciones sociales; *disolución de la memoria*, acumulación de relatos informativos cambiantes e incoherentes que convierten la memoria colectiva en un palimpsesto continuamente reescrito desde la ignorancia; y *finalismo*, puesta de la información al servicio de intereses particulares. En las obras referidas (Ortega y vv.aa 2006, García Tojar 2007) hemos aportado datos y hechos que apoyan la emergencia de este modelo de falso periodismo. Ahora examinaremos la famosa “teoría de la conspiración” desde este nuevo ángulo, porque a pesar de su fracaso puede haber supuesto la consagración de una nueva manera de hacer periodismo.

La “franja lunática”

Las conspiraciones políticas son tan viejas como el hombre, y también lo es acumular relatos más o menos disparatados —a veces verdaderos— sobre ellas. En los tiempos antiguos los viajeros traían noticias de hechos sorprendentes, normalmente pavorosos, que ocurrían allende los mares, donde nadie podía contrastarlos, y recibían posada y comida a cambio de contarlos. En la era moderna, con la expansión de los medios de comunicación y la creciente democratización de las instituciones políticas, los cuentos de conspiraciones palaciegas se convirtieron en un género literario (recordemos *Los tres mosqueteros*, de Dumas) o en propaganda política de efecto devastador (la aparición en 1905 en Rusia de un panfleto llamado *Los protocolos de los sabios de Sión*, que revelaba una supuesta conspiración de los judíos para dominar el mundo, agitó persecuciones y crímenes de estado en toda Europa Oriental. El propio Hitler, al parecer, creía esta historia).

Y como es lógico, el país más moderno se convirtió también en el paraíso de los relatos sobre confabulaciones. Casi todos hemos oído hablar del Área 51 (refugio secreto en el desierto donde el gobierno de EEUU guardaría supuestamente restos de extraterrestres), de que el asesinato de John F. Kennedy fue en realidad un golpe de

estado, de que la llegada a la Luna se rodó en Hollywood o de que Elvis Presley sigue vivo en una isla del Pacífico. Los periodistas norteamericanos saben bien que en cualquier caso, por increíble y falto de evidencias que sea el relato, siempre hay alguien que cree en él. Llamamos a ese grupo irreductible la “franja lunática” y creen que nada se puede hacer para hacerlo entrar en razón. Los “lunáticos” organizan sus propias redes de comunicación, donde hacen circular sus conspiraciones, hasta que se cansan de ellas. La clave para controlar el efecto social de estos relatos es que no entren a circular por los canales masivos de información, salvo para ser desmontados. Así, en EEUU los medios de comunicación de calidad han desarrollado mecanismos para la comprobación de todas las historias que publican, y si tales mecanismos fallan el medio pide disculpas y toma medidas contra los responsables. Desde mediados del siglo XIX, sin embargo, junto a los periódicos serios aparecieron otros, llamados populares o *amarillos*, que se caracterizaban por un cuidado infinitamente menor por la contrastación de noticias, así como por poner la información al servicio de intereses particulares, confesables o no. A pesar de que la prensa popular pronto superó a la seria en ventas (aunque no en influencia), el periodismo anglosajón ha podido mantener —tal vez ya no pueda, como veremos más adelante— la diferencia entre ambos tipos de medios informativos. La frontera entre prensa popular y prensa de calidad es una de las claves del modelo de periodismo anglosajón. Si, como algunos especialistas norteamericanos creen, dicha frontera estaría debilitándose en los últimos tiempos por la presión del “infoentretenimiento” (Kovach y Rosenstiel 2003), éste sería un síntoma peligroso para la salud del periodismo liberal y un nuevo indicio para dudar del pronóstico optimista lanzado por Hallin y Mancini.

En España, por desgracia histórica, estamos lejos de ese modelo. Aquí no ha existido una prensa popular mínimamente fuerte (salvo periódicos como *El Caso*, que desaparecieron con el Franquismo, la prensa deportiva y últimamente los diarios gratuitos) y han sido los medios aparentemente serios quienes han utilizado géneros y retóricas nacidas de la prensa de masas, como el “periodismo de investigación”. Pues bien, el atentado del 11-M ha sido, desde el punto de vista informativo, la apoteosis de la *hybris* periodística, el final —esperemos que no definitivo— de cualquier diferencia entre periodismo popular y de calidad, entre noticia contrastada e infundio intencionado. El triunfo de la “franja lunática”. En nuestra conspiración vasco-yihadista-policial-socialista-internacional no faltan mercaderes de información *seria* dispuestos a todo por subir las ventas, periodistas sin profesión, becarios desprotegidos, salvadores de la patria por la cruz o por la espada, políticos desalmados, políticos fanáticos, delincuentes comunes, abogados misteriosos, investigadores diletantes y redes de activistas conspiranoicos dispuestos a todo. Pero para comprender el nivel de absurdo

alcanzado, así como el daño que este contubernio de cruzados han provocado entre 2004 y 2008 a la profesión periodística y a la sociedad española, es preciso un pequeño resumen de los principales bulos lanzados. El cual no debe empezar sin recordar que todas estas noticias fueron presentadas como exclusivas de investigación por medios de comunicación que gozan —gozaban— de la máxima credibilidad y prestigio en el periodismo nacional, que sometieron por completo la acción política del principal partido de la oposición durante una legislatura y minaron la legitimidad social del Gobierno elegido en las urnas el 14 de marzo, tres días después del atentado.

La teoría de la conspiración del 11-M fue defendida periodísticamente desde tres medios importantes: el diario *El Mundo*, la cadena COPE (emisora de radio propiedad de la Conferencia Episcopal española) y la televisión pública madrileña Telemadrid. El director del periódico, Pedro J. Ramírez, el locutor estrella de la COPE, Federico Jiménez Losantos, y la presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre (PP), son los responsables últimos⁴ de este patio de Monipodio dentro del cual, según parece, el diario lanzaba los bulos mientras la radio y la televisión —junto con el PP, en el frente parlamentario⁵— hacían de caja de resonancia. Veamos en breve detalle algunas de las *primicias* ofrecidas por estos medios⁶:

(1) Unos policías anónimos informaron a *El Mundo* en mayo de 2006 de que en la furgoneta utilizada por los terroristas se había encontrado una tarjeta del Grupo Mondragón, radicado en el País Vasco, y esto sirvió a los cruzados para sustentar la tesis de una supuesta autoría de ETA (el PP pidió al gobierno en el Parlamento que “diera la cara” ante este escándalo). Pocos días después la Policía reveló que la tarjeta correspondía a Gráficas Bilbaínas, una empresa de Madrid, y que la “pista vasca” llevaba a una cinta del grupo de rock *Orquesta Mondragón*, encontrada en el vehículo (que había sido robado). En lugar de rectificar, los conspiracionistas acusaron a la Policía de manipular pruebas.

⁴ En este punto seguimos “Historia de una conspiración”, el extraordinario informe publicado por el Col.legi de Periodistes de Catalunya en su revista *Capçalera*, cfr. Avilés Farré 2007 y Rovira 2007. Hemos seguido también el reportaje publicado en *El País* con el título “La fabricación del bulo sobre el 11-M”, cfr. Romero 2007a y 2007b. Todas las declaraciones reproducidas a continuación provienen de estas fuentes.

⁵ El líder del PP, Mariano Rajoy, declaró el mismo día de las elecciones que tenía “la convicción moral” de que el atentado había sido cometido por ETA. Con posterioridad a la sentencia judicial, los principales dirigentes del partido —con la notable excepción del ex presidente José María Aznar, que el mismo 11 de marzo llamó personalmente a los directores de los principales medios de comunicación de España para informarles de que tenía indicios inequívocos de la autoría de ETA— han reconocido que el grupo terrorista vasco no tuvo nada que ver con los hechos.

⁶ Por supuesto los de *El Mundo*, Telemadrid y COPE no fueron los únicos errores periodísticos registrados en torno al caso. Al día siguiente del atentado, por ejemplo, la cadena SER informó de que la Policía había encontrado en los trenes restos de cadáveres de terroristas suicidas. La noticia fue desmentida de inmediato por un portavoz policial y la emisora de radio reconoció el error y pidió disculpas.

(2) En junio de 2006, *El Mundo* publicó a toda página que la Policía había encontrado en una casa donde los terroristas supuestamente prepararon los explosivos un temporizador ST, similar a los utilizados por ETA. El PP preguntó al Gobierno si ETA utilizaba estos temporizadores y la respuesta fue afirmativa, con lo que los cruzados desenvainaron de nuevo el escándalo: la Policía oculta pruebas que relacionan el atentado de Madrid con el terrorismo etarra. Poco después, un perito policial declaró que el temporizador encontrado era de lavadoras, no se llamaba ST sino STA MEC 24H y no tenía nada que ver con los componentes que utiliza ETA. De nuevo, los medios acusadores no sólo no rectificaron sino que lanzaron sospechas sobre las fuerzas de seguridad. En el juicio se demostró la veracidad de la versión policial.

(3) Las investigaciones policiales sobre el origen de la dinamita utilizada en el atentado llevaron hasta Mina Conchita, una pequeña explotación minera en Calabazos (Asturias), y rápidamente a la detención de José Emilio Suárez Trashorras, un ex minero y delincuente común que al parecer vendió la dinamita a los terroristas a cambio de dinero y droga. En septiembre de 2006, Suárez Trashorras fue entrevistado por *El Mundo* durante dos días para revelar, sin aportar pruebas, que la Policía había organizado el atentado para hacer caer el gobierno del PP. “Soy la víctima de un golpe de estado que se ha tratado de encubrir detrás de las responsabilidades de un grupo de musulmanes y de los confidentes, cuando todo estaba perfectamente controlado por las fuerzas de seguridad”, afirmó. También contó que Jamal Ahmidan, el terrorista que había ido a Asturias para recoger los explosivos (muerto en el piso de Leganés), le dijo que conocía a los etarras detenidos en Cañaveras (Cuenca) en febrero de 2004 cuando transportaban material para hacer bombas. Se conocían luego colaboraban, concluyó el diario. Ante el juez, el ex minero negó todas sus declaraciones periodísticas, ya desacreditadas tras la filtración a la prensa de una conversación en la cárcel donde Suárez Trashorras le decía a sus padres: “Si *El Mundo* me paga, les cuento hasta la Guerra Civil”⁷. A la estela del minero asturiano surgió la figura de Rafá Zouhier, narcotraficante y mediador en la compraventa de la dinamita, también detenido, cuyas cartas a la fiscalía, al Rey y especialmente al diario *El Mundo* contaban innumerables versiones de la conspiración y denunciaban torturas en la cárcel. Una de ellas, especialmente escandalosa, da idea del tipo de “investigaciones” que realizaban los periodistas de la conspiración. Zouhier afirmó en la prensa afín que el cuñado de Trashorras, Antonio Toro, otro detenido, era amigo de unos etarras en la

⁷ No es la primera vez que *El Mundo* se ve mezclado en supuestos pagos a personas para obtener declaraciones. Otro testigo de escasa fiabilidad, el ex policía José Amedo, cuyas declaraciones pusieron a la luz el escándalo de terrorismo de estado de los GAL durante los gobiernos de Felipe González, reveló en sus memorias que recibió 30 millones de pesetas de Pedro J. Ramírez a cambio de sus revelaciones (cfr. Mercado 2006). Por supuesto, éste ha negado siempre tales pagos.

cárcel de Villabona y que una vez le habían pasado un número de teléfono para hacerlo llegar al ex minero. “El primer vínculo de ETA con los que facilitaron los explosivos del 11-M”, concluyó *El Mundo*. Un careo ordenado por el juez de instrucción Juan del Olmo (que junto con la fiscal Olga Sánchez tuvo que aguantar los vituperios periodísticos de los medios conspirados durante la instrucción del proceso), en el que Zouhier se desdijo de sus anteriores declaraciones, reveló que el número pertenecía a la mujer del traficante de drogas que operaba en la cárcel (los dos etarras mencionados, Izkur Badillo y Gorka Vidal, declararon entre risas en el juicio del 11-M). En el colmo del surrealismo, Rafá Zouhier fue *entrevistado* por un diputado del PP, Jaime Ignacio del Burgo —otro de los personajes de esta trama—, quien consiguió enviar unas preguntas por escrito al narcotraficante y fue con las respuestas al diario *El Mundo* y a la fiscalía del caso, que por supuesto las rechazó.

(4) En otoño de 2006 unos peritos policiales denunciaron en *El Mundo* que su jefe había censurado un informe suyo donde se establecían pruebas sobre relaciones entre terroristas de ETA e investigados por el atentado. El documento informaba de que en el domicilio de Hassan El Haski, uno de los procesados, la Policía había encontrado ácido bórico⁸, y que éste afirmó que lo utilizaba para matar cucarachas. A continuación, los peritos añadían que tiempo atrás, en la investigación de un piso franco utilizado por ETA, habían encontrado esta misma sustancia. A pesar de que reconocían su “ignorancia” respecto a la utilidad del ácido bórico para la preparación de explosivos, afirmaban que el hallazgo “lleva a la posibilidad de que el autor o autores de ambos hechos estén relacionados entre sí y/o hayan tenido un mismo tipo de formación y/o sean el/los mismo/s autor/es”. Como es lógico, la conjetura fue eliminada del informe por el jefe de los peritos, que a partir de las revelaciones periodísticas fue imputado en un delito de encubrimiento y falsedad en documento público junto con tres de sus superiores, entre ellos el comisario general de la Policía Científica (todos ellos absueltos en junio de 2008).

(5) Un policía enfadado por no haber recibido una medalla declaró en los medios conspiradores que una bomba terrorista que no hizo explosión debido a un fallo y fue evidencia fundamental para desmontar la trama terrorista, era una prueba falsa. *El Mundo*, la COPE y Telemadrid volvieron a hablar de escándalo y el líder del PP puso en duda toda la instrucción judicial del caso. La bomba, escondida en una mochila, se

⁸ El ácido bórico, de fórmula H_3BO_3 , es un derivado del bórax que se utiliza como antiséptico no irritante (por ejemplo en dolencias oculares) e industrialmente en alfarería, fabricación de tejidos ignífugos y endurecimiento de aceros. Por supuesto no tiene ninguna utilidad para cometer atentados, a menos que éstos vayan dirigidos contra microbios. Sin embargo una de las peritos censuradas, Isabel López, apoyó la tesis conspirativa en *El Mundo* con el siguiente argumento: “¿Cómo es posible, digo yo, que Haski tuviera cucarachas y le olieran los pies mal y los de ETA también tuvieran cucarachas y les olieran los pies mal?”. El diario *El País* reveló en 2007 que en 40 años de lucha contra ETA jamás una investigación policial ha encontrado ácido bórico relacionado con explosivos (Romero 2007b).

mezcló con los miles de enseres recogidos en la estación de Atocha tras las explosiones y fue detectada tiempo después en los almacenes de la Policía. Tras una interminable discusión mediática, la Policía demostró en el juicio que, una vez encontrada, la prueba fue custodiada según el procedimiento legal habitual y que además ésta contenía el mismo dispositivo que otras dos mochilas-bomba explotadas por agentes ese mismo día en otras estaciones de tren madrileñas.

(6) Un día después del atentado, el gobierno del PP encargó un informe urgente para rastrear las relaciones entre presos etarras e islamistas. Dicho informe estaba el 14 de marzo sobre la mesa del Secretario de Estado de Seguridad, Ignacio Astarloa, y concluía que no había evidencia alguna de que los contactos entre presos de uno y otro grupo pudieran llevar o haber llevado a la comisión de atentados conjuntos. Las conversaciones intervenidas hacían referencia a exaltaciones de la violencia o gritos contra España, pero nada más. El informe fue archivado —sin hacerlo público— y la Policía se fue decantando por la pista yihadista, aunque Astarloa envió copia al entonces director general de la Policía, Agustín Díaz de Mera. El documento apareció publicado en *El Mundo* tres meses después, pero *entonces* la noticia fue que la Policía buscaba relaciones entre ETA y el terrorismo islámico y no la propia conclusión de la pesquisa, esto es, que desde el punto de vista criminal no existían tales relaciones⁹. En septiembre de 2006 el mismo Díaz de Mera, ahora eurodiputado del PP, reveló en una tertulia de la COPE la “primicia” de que el comisario general de Información de la Policía había ocultado un informe sobre vínculos entre ETA y los yihadistas. Tuvo buen cuidado de no decir qué concluía ese informe, por supuesto. Los medios conspirados volvieron a clamar contra la Policía y a exigir el famoso informe, publicado dos años antes por ellos mismos y que obviamente constaba en el sumario judicial. Díaz de Mera tuvo la osadía de mantener su versión ante el juez para acusar al Gobierno de manipular la investigación, argumentando que no podía revelar sus fuentes para proteger su anonimato. El juez del caso le sancionó con una multa e imputó un delito de desobediencia.

En todos los casos, la *investigación periodística* procede del mismo modo: se suscita un bulo, bien a partir de un documento descontextualizado o de las declaraciones no comprobadas —no se sabe con certeza si pagadas o no— de alguien con intereses en los hechos. El supuesto indicio lleva a poner en cuestión la actuación del Gobierno, de la Policía y del Poder Judicial. Cuando estas instituciones desmienten el infundio con pruebas, los cruzados les acusan de formar parte de la conspiración, con lo que para su público más fiel quedan deslegitimadas. Aumenta el

⁹ El informe decía textualmente: “No se han encontrado elementos objetivos que permitan vincular a las dos organizaciones terroristas”. Cfr. Romero 2007a.

malestar social ante las instituciones políticas, la famosa *crispación* que llegó al paroxismo durante la legislatura 2004-2008. Cuando se analizan fríamente los supuestos escándalos se puede ver que no tienen la menor base real, sosteniéndose en sospechas y conjeturas absurdas o declaraciones sin fundamento que los medios se niegan a contrastar. En efecto, si un solo periodista de *El Mundo*, la COPE o Telemadrid hubiera preguntado para qué sirve el ácido bórico, qué había en la mochila o cuál era la conclusión del informe, los presuntos escándalos no habrían salido a la luz. Pero no lo hicieron. O sí. Posteriores reportajes periodísticos han averiguado algo de lo que ocurrió durante esas fechas en las tres redacciones implicadas.

Conflictos en la redacción

La revista *Capçalera* ha analizado con detenimiento la situación de los periodistas de *El Mundo*, COPE y Telemadrid entre 2004 y 2008 (cfr. Rovira 2007). Según esta fuente, en el diario de Pedro J. Ramírez apenas hubo protestas contra la línea editorial que seguía el periódico, con excepción de *Elmundo.es*, su página web, cuyos director y subdirector dejaron la empresa en 2006 por discrepancias con el director en torno a la información sobre el atentado. De los tres “reporteros de investigación” de ese diario que firmaron la mayoría de noticias sobre el 11-M uno de ellos¹⁰, Antonio Rubio, subdirector del periódico y profesor de Periodismo en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, quien por cierto se desmarca de la teoría de la conspiración, niega cualquier tipo de presiones de la dirección del periódico para buscar noticias en un sentido determinado. Rubio culpa de todo a la Policía: “El error fundamental ha sido que, desde la versión oficial, se ha querido evitar que la palabra ETA apareciera en algún lado y esto ha comportado que la otra parte supusiera o interpretase que alguien escondía información. [Es] Lo mismo que en el desastre de Annual, el atentado de Carrero Blanco o el 23-F, que el Estado intentó tapar la la información de que disponía, y cuando los cuerpos de seguridad intentan tapar sus errores provocan un análisis equivocado de la situación real” (Rubio, en Rovira 2007: 4). *Análisis equivocado* es una sorprendente manera de referirse a confundir una empresa con un grupo de música, el ácido bórico con un explosivo y una lavadora con una bomba. A conceder espacio a declaraciones de fuentes no fiables, como delincuentes imputados en el crimen, policías resentidos, políticos sin vergüenza o supuestos especialistas sin legitimidad, y no realizar el menor intento de contrastar la verdad de las palabras de

¹⁰ Los otros dos reporteros son Fernando Lázaro y Fernando Múgica. Sus informaciones eran apoyadas desde la sección editorial por el director y el vicedirector del periódico, Pedro J. Ramírez y Casimiro García-Abadillo, hasta la incorporación del *experto* Luis del Pino (cfr. Rovira 2007).

cada cuál. A abandonar, en definitiva, el papel de periodista profesional para convertirse en un “hooligan” de la información (*ibidem*: 27). Como la Policía, en general, ha tardado poco en demostrar la falsedad de las informaciones ello significa que la Policía es culpable, pero no de incompetencia sino —progresivamente, según se difuminaba la hipótesis de ETA— del mismo atentado. La metáfora de “las cloacas del Estado”, con la que Felipe González intentó justificar en 1996 los crímenes de los GAL, volvió a las páginas de *El Mundo* diez años más tarde. El 11-M se planeó, realizó o suscitó entre redes policiales para tumbar al gobierno del PP, y los yihadistas imputados eran cabezas de turco o estúpidos fanáticos manipulados. Análisis equivocados.

En las redacciones de la cadena COPE y Telemadrid hubo protestas desde el principio. *Capçalera* (cfr. Rovira 2007) informa de que la emisora de los obispos cambió tres cuartas partes de su plantilla entre 2004 y 2007, al parecer por impulso de su locutor estrella, Federico Jiménez Losantos, que también es columnista de *El Mundo* y director del portal de internet *Libertad digital*. Jiménez Losantos se enfrentó en las ondas con su propia redacción —aquí hay “sóviets del PSOE”, afirmó— porque ésta no siempre seguía la línea conspirativa. Poco después empezó la purga entre redactores y cargos de responsabilidad: Blanca María Pol, jefa de informativos, fue sustituida por Ignacio Villa y José Apezarena, presentador del informativo nocturno, fue reemplazado por César Vidal. “Me consta que la consigna de Villa era seguir las informaciones de la portada de *El Mundo*”, recuerda José Miguel Azpiroz, ex periodista de COPE, quien califica los cambios en la redacción de “limpieza étnica”. Desde la llegada de Ignacio Villa, muchos periodistas fueron sustituidos por recién licenciados (y becarios provenientes del máster de la propia emisora), con alto grado de afinidad ideológica y una posición profesional precaria que les hace muy influenciables.

Algo parecido ocurrió en la cadena pública de televisión madrileña Telemadrid, donde con la victoria electoral de Esperanza Aguirre (PP) en 2003 ya habían empezado los cambios de personal. La presidenta nombró director general a su jefe de prensa, Manuel Soriano, quien tardó poco en cesar al director de informativos, Alfonso García. Con el 11-M, Telemadrid intensificó la marginación de los periodistas veteranos y su reemplazo por jóvenes provenientes del diario conservador *La Razón*, de la televisión balear IB3 y del portal de internet *Libertad digital*, así como becarios de la universidad católica CEU-San Pablo. Un documento elaborado por el comité de empresa de Telemadrid denunció “la duplicación de la redacción”. Javier Bosque, nombrado jefe de nacional en 2004 y dimitido un año después, ha denunciado presiones por parte de la dirección de la cadena para seguir cada día las informaciones de *El Mundo* en relación con el atentado. El presentador de *Diario de la*

noche, Germán Yanke, dimitió tras ser reprendido en directo por la presidenta de la Comunidad. “Me dijeron que no reflejaba adecuadamente las informaciones de *El Mundo* sobre el 11-M”, ha declarado Yanke. Otro veterano del periodismo español que colaboraba con él en el programa, Pablo Sebastián (también dimitido), escribió en su portal *La estrella digital*: “Manuel Soriano lleva meses presionando, y en los últimos días incluso con mensajes escritos, para que los responsables del programa se pongan en contacto y a las órdenes del director adjunto de *El Mundo*, Casimiro García-Abadillo, para que les explique la única verdad sobre el caso de los peritos del ácido bórico y los documentos falsificados”. Los periodistas que mantuvieron el puesto de trabajo respondieron a estas presiones creando en 2005 un Consejo de redacción que ha venido señalando las manipulaciones realizadas por la cadena y las injerencias de la dirección política. Un año después de la tragedia, el 14 de marzo de 2005, Telemadrid emitió un documental titulado “Cuatro días que cambiaron España” donde se daba pábulo a las tesis conspirativas sin aportar pruebas y recurriendo a manipulaciones burdas (como sobreimpresionar el logotipo de ETA sobre la imagen de la manifestación contra el atentado)¹¹. Al día siguiente, el Consejo de redacción emitió un comunicado pidiendo disculpas a los telespectadores y a las víctimas del magnicidio. Muchos redactores empezaron a negarse a firmar las noticias como acto de protesta contra la manipulación de los informativos. Pero el episodio más vergonzoso de desinformación en Telemadrid tiene que ver con el personaje más extraño de toda la trama lunática. En marzo de 2006 y 2007, la cadena emitió dos reportajes sobre el atentado, titulados “Las sombras del 11-M” y “11-M: mil días después”, elaborados por El Mundo TV, la productora de televisión del grupo editorial de Pedro J. Ramírez, y dirigidos por el *investigador* Luis del Pino. Meses después, una empresa de efectos especiales cinematográficos reconoció a *Capçalera* que El Mundo TV había contratado sus servicios para modificar las imágenes *recreadas* con objeto de que se ajustaran a la versión conspirativa.

La figura del autor de estos documentales permite indagar en cómo conceden ciertos medios la autoridad de opinión experta. Ingeniero de telecomunicaciones y escritor de libros sobre informática, Del Pino empezó en 2005 a estudiar por su cuenta el caso 11-M y pronto estuvo dispuesto a colaborar como experto en la materia con medios de comunicación locales. De ahí pasó al portal de Jiménez Losantos, a la revista *Época*, al diario *El Mundo*, a la COPE y a Telemadrid. En *Libertad digital* inició un blog, llamado “Los enigmas del 11-M”, donde se publicaron las mentiras más disparatadas —por ejemplo que la Policía y el Ejército habrían secuestrado, matado y

¹¹ Este documental estaba firmado por José Antonio Ovies, subdirector de Informativos de Telemadrid.

congelado delincuentes comunes para colocarlos en el piso de Leganés y sustentar la tesis de los terroristas suicidas— y se creó un “movimiento de investigación ciudadana”, los “Peones negros”, que reunía en Madrid a simpatizantes de la extrema derecha en manifestaciones los días 11 de cada mes (cfr. Rovira 2007). Entre 2006 y 2007, Del Pino escribió tres libros con revelaciones sobre el atentado (el último de ellos en La Esfera de los Libros, la editorial de *El Mundo*, que también publicó la obra del diputado y entrevistador Jaime Ignacio del Burgo). Durante el juicio oral, el blog de Del Pino suministraba preguntas a las acusaciones particulares que sustentaban las tesis conspirativas.

¿Puede explicarse por qué unos medios de comunicación serios se dedican durante casi cuatro años a publicar infundios sobre el atentado más atroz de la historia de España, mientras transforman el perfil de sus redacciones sustituyendo periodistas veteranos por licenciados inexpertos con contratos precarios? Salvo en el caso de Telemadrid, donde parece evidente que ha primado la defensa del PP (la audiencia se hundía mientras la cadena pública radicalizaba su línea editorial), la COPE y el *El Mundo* han mejorado notablemente audiencias y ventas, consolidándose ambos en los segundos puestos de la radio y la prensa nacionales. “Algunos, con la teoría de la conspiración, tienen más de lo que tenían”, ha declarado el ex director de *ABC*, José Antonio Zarzalejos¹², que se negó a seguir la versión conspirativa desde su diario. “La teoría de la conspiración es uno de los hitos más profundamente negativos de la historia reciente del periodismo español. No surge de una duda razonable, sino de una estrategia política y comercial”, afirma el periodista Fernando Jáuregui. “Todo esto hunde al PP, a la Iglesia católica, a la derecha civilizada y sobre todo a la propia idea del periodismo, y esto sí que me preocupa. Este tipo de periodismo, impensable en la mayor parte de los países, se está dando en España. ¡Han dicho todo lo que han dicho y no ha pasado nada! A este paso, ¿quién nos va a creer?”, concluye. El hecho de que en la actualidad, lejos de hundirse, los responsables de la conspiración se hayan reforzado, plantea interrogantes todavía más sombríos —profundos y antiguos— sobre la sociedad en que vivimos.

Periodismo voraz y democracia de masas

Una de las evidencias más sorprendentes a propósito de las explicaciones conspirativas difundidas en los medios de comunicación es la facilidad con que

¹² En febrero de 2008 José Antonio Zarzalejos fue cesado como director de *ABC*, debido a la caída de ventas del diario. Desde entonces ha denunciado presiones por parte de Esperanza Aguirre para que siguiera la teoría de la conspiración (Rovira 2008).

conquistan la credibilidad popular¹³. Todavía en otoño de 2006, el 23 por ciento de los españoles se mostraba en desacuerdo con la afirmación de que los atentados de Madrid habían sido cometidos exclusivamente por yihadistas y la cifra subía hasta el 53 por ciento entre los votantes del PP (cfr. Avilés Farré 2007: 30). Aunque no sean pruebas irrefutables, el aumento de ventas y audiencias de *El Mundo* y la cadena COPE durante el período 2004-2008 (a costa de otros medios que optaron por ceñirse a los hechos probados, como *ABC* o Radio Nacional de España) y los buenos resultados del PP en las elecciones de 2008, donde aumentó más de 400.000 votos (el PSOE sólo creció 38.000) haciendo de la conspiración del 11-M el centro de la campaña, por lo menos no desmienten la tesis.

¿Cómo es posible que las sociedades democráticas, donde todas las opciones políticas pacíficas pueden discutirse y contrastarse libremente, sean tan crédulas ante este tipo de fabulaciones? La pregunta, bien pertinente, ha ocupado a los especialistas que estudian el éxito los comportamientos políticos irracionales y extremistas. Uno de los más reputados es Guy Hermet, quien en su trabajo sobre los populismos europeos (2001: 379-397) enumera tres posibles fuentes de la acción “antipolítica” —aquella que rechaza los canales democráticos establecidos— en democracias avanzadas: rechazo de la fiscalidad sostenedora del *welfare* (por ejemplo, los partidos “liberales” escandinavos), miedo a las consecuencias de la inmigración (el Frente Nacional francés) y conflictos relacionados con el marco nacional, sean de oposición a procesos de integración, movimientos separatistas o de defensa de las esencias nacionales puestas en cuestión por cambios sociales a escala mundial (los liberales austríacos, el Vlaams Blok belga, Forza Italia, etc.). Si los asuntos públicos que afecten a los impuestos, a la inmigración o a la nación tienen más probabilidad de prender el interés popular por la acción antipolítica, la teoría de la conspiración sobre el 11-M cumple con las dos últimas (e indirectamente también con la primera, pues los agitadores no dejaron de relacionar la supuesta colaboración criminal de la Policía y el Ejército españoles con los impuestos de los ciudadanos).

Por su parte, Pierre-André Taguieff (2004: 9), ha señalado las siguientes características de los movimientos “nacional-populistas” contemporáneos más exitosos de Europa: apelación personal al pueblo por parte del líder, unificación mística del mismo frente a enemigos internos, llamada a recuperar la autenticidad nacional perdida por medio de una ruptura con el presente y necesidad de una acción política

¹³ Esto no ha ocurrido sólo en el caso de España. Una encuesta realizada en 2006 por Pew Research Center revelaba que más de la mitad de los indonesios, egipcios, turcos, jordanos y musulmanes británicos pensaban que los atentados del 11-S no habían sido perpetrados por musulmanes. Dos años antes, otro sondeo había mostrado que casi la mitad de los neoyorquinos creían que el gobierno de EEUU tenía información previa sobre el plan criminal (cfr. Avilés Farré 2007: 30).

de “purificación nacional” frente a enemigos internos o externos. La versión conspirativa del atentado de Madrid encaja razonablemente en este esquema: según ella, el acto terrorista debería marcar el punto de *regeneración* (un viejo término de la política española) del pueblo —cuyas muestras de templanza, solidaridad y bravura no dejaban de subrayarse— contra inmigrantes, terroristas (de ETA o Al Qaeda) y elementos corruptos de las fuerzas políticas y de seguridad.

Un tercer especialista en la materia, Gianpietro Mazzoleni, ha puesto más énfasis que los anteriores en la influencia de los medios de comunicación en la expansión de la política populista. De hecho, Mazzoleni, Stewart y Horsfield (2003) defienden el término *neopopulismo* para referirse a la actualización mediática del discurso antipolítico que campea a sus anchas por las democracias occidentales. Según estos autores, un espacio informativo dividido en medios sensacionalistas y elitistas reacciona de manera diferente ante los mensajes populistas: mientras la prensa seria los critica o ignora, la sensacionalista potencia su alcance para conectar con el interés popular. Dado que en democracias de masas éstas son el objetivo político fundamental, la tesis de estos autores sostiene que en las democracias avanzadas se produce una alianza entre medios sensacionalistas y partidos de masas, que se beneficiarían mutuamente de potenciar la política neopopulista; los primeros subirían su audiencia, los segundos su capacidad de movilización. Mediatización de la política y politización de los medios serían así procesos paralelos. En el caso del 11-M, la falta ya señalada de una distinción clara entre prensa de elite y prensa sensacionalista debilita la “función sacerdotal” (Mazzoleni) del periodismo serio. En consecuencia, los medios y los partidos políticos españoles, de todas las tendencias, serían especialmente proclives a la retórica neopopulista y las políticas “de imagen”. Es más, la debilidad del periodismo de calidad en España refuerza al polo sensacionalista, que llega a dominar la acción de los principales partidos. El caso del 11-M demuestra esta tesis. A pesar de su contenido absurdo, la teoría de la conspiración marcó las agendas política y pública durante una legislatura, redujo al PP al seguidismo de las tesis de *El Mundo* y al PSOE al de defensor pasivo de las fuerzas y poderes del Estado. El resultado electoral de los dos grandes partidos en 2008 y el aumento de ventas obtenido por el periódico de la conspiración plantean la rentabilidad del periodismo y la política voraces en espacios públicos débiles como el español, donde no funcionan bien los mecanismos de atribución de responsabilidades ante los errores y las mentiras de los actores políticos y mediáticos.

A diversas velocidades, el proceso se repite en todos los países y tendencias ideológicas. La reciente apelación a una “política de principios” por parte de influyentes estrategias de la izquierda norteamericana (Lakoff 2004) puede entenderse como la

explotación de este estado de cosas. Neil Postman (1991 y 1994) prevenía en los años noventa ante los peligros de una sociedad tecnocrática cuyos ciudadanos renunciaran a intentar comprender el orden colectivo. En esa situación, el espacio público no tendría más remedio que orientarse hacia el entretenimiento, el escándalo o la agitación de miedos colectivos para suscitar el interés de la gente. Los periodistas estadounidenses llevan tiempo denunciando el crecimiento del *infotainment* frente al relato informativo contrastado de hechos no conocidos por el público. Pues bien, componentes típicos de este novedoso género son el escándalo y el secreto (Kovach y Rosenstiel 2003: 207), que forman la arquitectura de las conspiraciones mediáticas. Éstas se convertirían en ingredientes útiles para la movilización política en democracias de masas, desde un punto de vista resignado presente en Guy Hermet, quien atisba en la idea de “gobernanza” el languidecer quizá definitivo de la participación democrática y su transformación en “un gobierno de las organizaciones, por las organizaciones y para las organizaciones”, que para animar el voto popular precisaría de retóricas neopopulistas y agitación constante de miedos y pasiones nacionales (Hermet 2008: 53).

Pero tal vez haya una salida diferente a la resignación. Estamos ante un tema de sociología política y en este campo todos los caminos pasan por Max Weber. Como es sabido, Weber no tenía demasiada confianza en el futuro político de los grupos humanos. Pensaba que, de un modo u otro, con el paso del tiempo el proceso de “desespiritualización” del mundo resultaría inexorable. En cada momento histórico cada sistema de gobierno (y cada estado) han resuelto a su manera la contradicción fundamental entre los dos tipos primordiales de acción social, racionalidad sustantiva y racionalidad formal, que en el plano del poder se traducen en el enfrentamiento entre carisma y racionalización. La versión típicamente moderna de este conflicto, en el marco de sociedades capitalistas organizadas en sistemas parlamentarios, se apuntala en la ruptura definitiva con cualquier ética absoluta o “acósmica”, que deja al sujeto frente a la antinomia entre dos éticas de la acción política, convicción y responsabilidad, necesarias e irreconciliables vías entre las que el hombre de poder ha de caminar sin otra guía que la “madurez”. Decantarse por la primera lleva al caudillismo, a la fe ciega en el líder y a la pérdida en el ciudadano de la racionalidad sustantiva (es decir, la capacidad de autodeterminar sus propios valores); deslizarse por la segunda conduce a un gobierno tecnocrático, donde los individuos quedan reducidos a mecanismos de una organización burocrática. A pesar de que, a largo plazo, la victoria de la racionalización sobre el carisma está asegurada, la acción política *madura* debe orientarse hacia una resistencia necesariamente inútil, y por ello “heroica”. En el tiempo de Weber —cuando tanto los valores como la razón de estado

alemana habían sido vencidos por la I Guerra Mundial, el capitalismo desalmado y el fracaso de la revolución espartaquista— debía orientarse hacia la defensa de la derrotada nación germana dentro del marco político liberal-capitalista, a pesar de ser consciente de la enemistad final entre una y otro. Pero el político debe perder su alma resistiendo la eterna tensión entre los valores y los intereses hasta la “noche polar”. En su heroico esfuerzo conciliatorio de las contradicciones de la acción política, este autor sustituye la ética kantiana del “como si” por la del “sin embargo”, que no se resigna a lo inexorable (Weber 1997: 163-197).

Cien años más tarde la noche polar weberiana puede haberse acercado a nosotros, pero desde luego no ha terminado de caer. La política sigue siendo el arte de legitimar la dominación violenta y tanto carisma como racionalización continúan su enfrentamiento histórico. En este “siglo corto” (Hobsbawm), hemos asistido a desastres de la convicción y de la responsabilidad hasta sumar más víctimas absurdas que en ningún período anterior. La que quizá sea novedad principal del actual orden político en regímenes democráticos, a saber, el papel cada vez más influyente de los medios de comunicación en la consecución de la dominación política, ya fue advertida por el sociólogo alemán en 1910, cuando consideraba que “la prensa” era uno de los temas de estudio más importantes para comprender el futuro inmediato de las naciones occidentales: “Debemos orientar la investigación en el siguiente sentido, preguntando: Primero: ¿qué aporta la prensa a la conformación del hombre moderno? Segundo: ¿qué influencias ejerce sobre los elementos culturales objetivos supraindividuales?, ¿qué desplazamientos se producen en ellos?, ¿qué se destruye o es nuevamente creado en el ámbito de la fe y de las esperanzas colectivas, de la sensación de vivir?, ¿qué posibles actitudes se destruyen para siempre, qué nuevas actitudes se crean?” (Weber 1992: 258).

Hoy día los medios de comunicación, que según el autor alemán difunden en la sociedad una “aparente inhibición de todo lo emocional”, resultan ser un elemento crucial en la consecución de la dominación política. Dosificando las dosis de convicción y responsabilidad en coordinación con las instituciones de gobierno, son uno de los pilares fundamentales donde se legitima el orden colectivo. Para decirlo en términos weberianos, los medios de comunicación se encargan de canalizar el carisma y la racionalidad en defensa del sistema político. Como en todo Occidente éste responde al tipo legal-racional, de la mano de Weber podemos sostener la tesis de que la función política primordial de los *media* en el mundo actual es burocratizar las pasiones políticas para que no impidan la satisfacción de los intereses del Estado.

A la luz del caso 11-M, cabe preguntar por los efectos de este burdo montaje (y por los del periodismo voraz, si llega a imponerse como modelo legítimo) sobre

nuestra actual “sensación de vivir” social. Dejando de lado los *pequeños* intereses de sus agitadores (enriquecimiento, defensa de proyectos ideológicos o religiosos, constitución de una red de influencias políticas en la sombra, etc.), sin duda en un primer vistazo las teorías conspirativas apelan más a la fe que a la racionalidad, a las lealtades primarias (y voraces) antes que a los intereses racionalmente compartidos. No es casual que este caudal de fabulaciones agresivas haya generado movimientos sociales sectarios, como los Peones Negros o la Asociación de Víctimas del Terrorismo, que bajo la presidencia de Francisco José Alcaraz se puso al servicio de los conspirados. Sin embargo, un examen detenido de los hechos sugiere que estos relatos, con sus héroes y villanos de pacotilla, podrían servir también para burocratizar el descontento popular —una *astenia política* que no carece de motivos justos— hacia los actores políticos en lugar de hacia las posiciones objetivas que la actual organización del poder les obliga a ocupar. Para decirlo fácil, estos grotescos autos de fe mantendrían a duras penas una sensación de participación política en un orden cada vez menos democrático.

La “teoría de la conspiración del 11-M” podría confirmar, desde nuestro punto de vista, el cambio antes reseñado en la función primordial de los medios de comunicación españoles. Cuando la prensa se decanta por el discurso irracional, basado únicamente en la ética de la convicción y la lealtad carismática, el sistema político se orienta en la misma dirección. Al igual que ocurría con otros escándalos conspirativos analizados por los especialistas, como el rumor de Orléans (Morin 1969), a pesar de su contenido absurdo (o precisamente gracias a él) el bulo del 11-M aportaría a sus fieles una narrativa de participación política capaz de satisfacer a ciudadanos aislados y desafiados. En un contexto de *astenia política* como el actual, imaginarse a uno mismo en el papel de salvador de la patria herida puede ser agradable, útil o, en todo caso, una alternativa preferible al nihilismo identitario.

Bibliografía

- Avilés Farré, J. 2007: “Terrorismo y teorías de la conspiración: 11-M y 11-S”. *Capçalera* 139: 28-35. Barcelona: Col.legi de Periodistes.
- Charaudeau, P. 2003: *El discurso de la información*. Barcelona: Gedisa.
- Coser, L. 1978: *Las instituciones voraces*. México: FCE.
- García Tojar, L. 2007: “El retorno de Walter Burns”. Ponencia presentada en el IX Congreso Español de Sociología. Barcelona: Federación Española de Sociología.

- García Tojar, L. 2010: "11M: A Lesson On Greedy Journalism". *International Review of Sociology* 20/1, marzo: 77-91.
- Gil Calvo, E. 2005: *11/14-M, El cambio trágico: de la masacre al vuelco electoral*. Madrid: Adhara.
- Hallin, D. y Mancini, P. 2004: *Modelli di giornalismo. Mass media e politica nelle democrazie occidentali*. Roma: Laterza.
- Hermet, G. 2001: *Les populismes dans le monde. Une histoire sociologique, XIX^e-XX^e siècle*. Paris : Fayard.
- Hermet, G. 2008: *Populismo, democracia y buena gobernanza*. Madrid: El viejo topo.
- Kovach, B. y Rosenstiel, T. 2003: *Los elementos del periodismo*. Madrid: Aguilar.
- Lakoff, G. 2007: *No pienses en un elefante*. Madrid: UCM.
- Mazzoleni, G. Stewart, J. y Horsfield, B. 2003 (eds.): *The Media and Neo-populism: A Contemporary Comparative Analysis*. Westport: Praeger.
- Mercado, F. 2006: "La conspiración de 1994". *El País*, 10 de febrero.
- Morin, E. 1969: *La Rumeur d'Orléans*. Paris : Seuil.
- Ortega, F. y vv.aa. 2006: *Periodismo sin información*. Madrid: Tecnos.
- Postman, N. 1991: *Divertirse hasta morir*. Barcelona: Tempestad.
- Postman, N. 1994: *Tecnópolis*. Barcelona: Círculo.
- Romero, J.M. 2007a: "Tres años conspirando contra la verdad". *El País*, 8 de abril.
- Romero, J.M. 2007b: "La sospecha tropieza en sus propias trampas". *El País*, 9 de abril.
- Rovira, J. 2007: "Crónica de una conspiración mediática". *Capçalera* 139: 2-27. Barcelona: Col.legi de Periodistes.
- Rovira, J. 2008: "No he tenido nunca presiones tan fuertes como las de Esperanza Aguirre (entrevista a José Antonio Zarzalejos)". *Capçalera* 142: 20-26. Barcelona: Col.legi de Periodistes.
- Sparks, C. y Tulloch, J. 2000: *Tabloid Tales: Global Debates Over Media Standards*. London: Rowman & Littlefield.
- Taguieff, P.A. 2004 (dir.): *Le retour du populisme*. Paris: Universalis.
- Weber, M. 1992: "Para una sociología de la prensa". *REIS* 57: 251-259.
- Weber, M. 1997: *El político y el científico*. Madrid: Alianza.